

Las tensiones de la memoria

The Contrasts of Memory

Fecha de recepción: junio del 2012 · Fecha de aprobación: julio del 2012.

Ana Graciela Galindo Salazar*

RESUMEN

La memoria es un tema central al momento de abordar la subjetividad y la identidad. Está presente en múltiples escenarios disciplinarios e interdisciplinarios, especialmente en aquellos que buscan la comprensión de los sucesos violentos. En este trabajo se exploran diversas tensiones que surgen al momento de hablar de memoria, con base en los siguientes cuestionamientos: ¿qué es memoria individual?; ¿qué es memoria colectiva?; ¿en qué se diferencia o coinciden la memoria colectiva y la historia?, y ¿cómo está presente el olvido en los procesos de memoria?

Palabras clave: memoria individual, memoria colectiva, historia y olvido.

ABSTRACT

Memory is a central topic today when addressing the subjectivity and identity. It is present in multiple disciplinary and reflective scenarios, especially those who seek understanding of violent events. This paper is an exploration of various tensions that are present at the time of speaking from memory. These focal points are the following questions: What is individual memory and collective memory? What is the difference or match between the collective memory and history? And how is this forgetting in memory processes?

Key words: Individual memory, collective memory, history and forgotten.

* Licenciada en Psicología y Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional (2006) y estudiante de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: chela19ga@gmail.com

Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.

Jorge Luis Borges

En este ensayo se analizarán diferentes concepciones sobre la memoria y su relación con conceptos como la historia y el olvido, buscando abordar los siguientes cuestionamientos: ¿qué es memoria individual y qué es memoria colectiva?; ¿en qué se diferencia o coinciden la memoria colectiva y la historia?; y ¿cómo está presente el olvido en los procesos de memoria? Estos cuestionamientos están de fondo siempre que se habla de la memoria, tema central en variados escenarios, especialmente en aquellos en los que se discuten problemáticas asociadas a la identidad de los sujetos, las colectividades y la comprensión de conflictos violentos.

El presente trabajo supone una exploración, en la que se reconoce que cada una de estas preguntas se inserta en múltiples tensiones, que incluyen encuentros y desencuentros epistemológicos y experienciales de diversos autores.

1. La memoria individual y la memoria colectiva

Al hablar de memoria en cualquiera de sus dimensiones, es decir, tanto en lo individual como en lo colectivo es necesario remitirnos a la experiencia, entendida como la realización de la existencia en el discurrir en el tiempo y en el espacio, como la constructora de nuestros recuerdos. Citando a Thompson, Jiménez¹ resalta dos momentos de la experiencia: uno hace referencia a la experiencia vivida, que tiene que ver con los “conocimientos históricos y culturales que los individuos, los grupos sociales o

las clases ganan, aprendiendo a vivir su vida”; otro hace referencia a la experiencia percibida que comprende:

[...] los elementos históricos, sociales y culturales que los hombres, los grupos y las clases toman del discurso religioso, político, filosófico, de los medios, de los textos, de los distintos mensajes culturales; en una palabra, del conocimiento formalizado e históricamente producido y acumulado.²

En estos dos momentos se reconoce que en la experiencia vivida es fundamental la participación directa o indirecta del individuo o las colectividades en los hechos o acontecimientos que se fijarán en la memoria y que en la experiencia percibida, lo que permite una construcción de la memoria son los acumulados sociales, históricos y culturales, que se consolidan en conocimientos que serán transmitidos por medio de las instituciones en las que estamos insertos.

Teniendo en cuenta lo anterior la experiencia aparece como un elemento que tensiona nuestras comprensiones de la memoria y que se expresa en el siguiente cuestionamiento: ¿Se puede distinguir o determinar una memoria explícitamente individual, que se separe claramente de lo social y colectivo? En busca de una respuesta citaré algunas concepciones y aportes de varios autores en relación con el tema.

La concepción que reviste a la memoria como una cualidad individual adquirió especial relevancia desde el siglo XVI, cuando esta se percibió como:

[...]una de las facultades del alma que, como tal, debía tener un alojamiento concreto en los cuerpos y una función específica en el

¹ Absalón Jiménez Becerra, “Memoria, historia y escuela”, en Serna Dimas, Adrian (comp.). *Cátedra de Democracia y Ciudadanía, Memoria y Conflicto*, p. 182.

² Absalón Jiménez, “Memoria, historia y escuela”, p. 182.

comportamiento de los espíritus, definición que la convirtió en un asunto privilegiado de ciertas filosofías modernas pero, más que de estas de la fisiología médica.³

Por lo anterior, en los siglos siguientes desde las ciencias naturales se hará énfasis en la memoria como un problema anatómico e individual, se resaltarán como una capacidad que se puede potencializar, asociada a la información que se puede almacenar, en un lugar específico de nuestro cuerpo, como el cerebro y será susceptible de análisis, procesamiento y recuperación. Así, en el curso de los siglos esta visión de la memoria se asoció con diferentes dispositivos de almacenamiento, incluida la fotografía a finales del siglo XIX, hasta las computadoras, más recientemente. Esta concepción hace parte de las ciencias que Taylor⁴ denomina mecanicistas, en las que se establecen modelos de la mente basados en el funcionamiento de las computadoras. Ellas perviven hoy en día, especialmente en campos de la medicina como la neurología y en los modelos psicológicos y pedagógicos cognitivos.

A finales del siglo XIX y principios del XX empiezan a irrumpir ciertas tendencias que plantearon a la memoria como una construcción colectiva en contraposición a la visión anatómica-individualista. En este contexto se inscriben trabajos como los de Maurice Halbwachs quien afirmó:

Nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y son los demás quienes nos los recuerdan,

a pesar de que se trate de hechos en los que hemos estado nosotros solos. Esto se debe a que en realidad nunca estamos solos. No hace falta que haya otros hombres que se distinguen materialmente de nosotros, ya que llevamos siempre con nosotros y en nosotros una determinada cantidad de personas que no se confunden.⁵

Halbwachs destacó cómo a pesar de que haya recuerdos que pareciera que solo pertenecen a nosotros, están vinculados a contextos sociales definidos y a personas que hacen o hicieron parte de grupos a los que pertenecemos o pertenecemos. Esta tesis estaría respaldada en la dificultad de encontrar recuerdos que se fijen solo a objetos externos y que no se relacionan con algunas imágenes o pensamientos que se remiten a otras personas o grupos.

De acuerdo con Halbwachs lo que pasaría entonces es que creemos que nuestra memoria puede ser únicamente individual porque en ocasiones “una corriente de pensamiento social es normalmente tan invisible como la atmósfera que respiramos”⁶ o por otro lado nos atribuimos pensamientos, ideas, recuerdos o reflexiones como si se hubieran originado en nosotros y realmente han sido inspiradas en nuestro grupo. “Nos compenetramos tan bien con quienes nos rodean que vibramos al unísono, y ya no sabemos dónde está el punto de partida de vibraciones en nosotros o en los demás”⁷. Para Halbwachs la memoria es predominantemente social, los recuerdos se dan, se evocan y están vinculados a los espacios colectivos; el recuerdo individual solo es posible en la interacción social y es producto de las experiencias que comparte un sujeto con otros en

3 Adrián Serna y Diana Gómez, *Un lugar para abordar las memorias de los conflictos de la vida urbana. Un estado del arte sobre los estudios de la memoria, el conflicto y la vida urbana en Bogotá* (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito y Agencia Catalana de Cooperación para el desarrollo), p. 22.

4 Charles Taylor, *Argumentos filosóficos* (Barcelona: Paidós, 1997), p. 22.

5 Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004), p. 26.

6 Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, p. 40

7 Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, p. 46

determinados marcos sociales como la familia y la escuela.

La memoria individual sería por tanto, según este autor, “un punto de vista sobre la memoria colectiva, que este punto de vista cambia según el lugar que ocupa en ella, y que este mismo lugar cambia según las relaciones que mantengo con otros entornos”.⁸ En consecuencia, la memoria individual no se puede separar de la colectiva, porque los contextos colectivos y las experiencias que tenemos en ellos determinan los recuerdos, sus intensidades y significaciones.

La tensión entre lo individual y lo colectivo se mantuvo en el tiempo, problematizada por nuevas circunstancias, enmarcadas especialmente en la ruptura de la cotidianidad, por la imposición y el surgimiento de fenómenos cargados de sufrimiento y violencia, entre ellos, el holocausto, que supuso erigir la primacía del testimonio en el campo de la memoria y puso como nunca en tensión los alcances individuales y colectivos de la memoria. Beatriz Sarlo⁹ señala cómo el testimonio trasciende la escena judicial, para operar directamente en lo ideológico y cultural.

Un ejemplo de esto es Primo Levi quien habla:

[...] por dos razones: la primera, extratextual, psicológica, ética y compartida con todos los que salen del Lager: simplemente es imposible no hablar. La segunda tiene que ver con el objeto del testimonio: la verdad del campo de concentración es la muerte masiva, sistemática, y de ella solo hablan los que pudieron escapar de ese destino; el sujeto que habla no

se elige a sí mismo, sino que ha sido elegido también por condiciones extratextuales.¹⁰

En este caso el que da el testimonio no vivió la función última del campo de concentración, la muerte, y pudo escapar de ella por circunstancias ajenas a él, que en ocasiones ponían en entredicho su condición de sujeto.

El testimonio del salvado, “no puede representar todo lo que la experiencia fue para el sujeto, porque se trata de una ‘materia prima’ donde el sujeto testigo es menos importante que los efectos morales de su discurso”.¹¹

Precisamente, esta tensión entre lo individual y lo colectivo se pone de manifiesto en la fenomenología de la memoria, tal cual la entiende Paul Ricoeur,¹² citado por Chartier. Ricoeur señala que la memoria individual está “relacionada con la interioridad, con la conciencia, con la identidad, con el conocimiento íntimo”, y la memoria colectiva estaría “identificada con las representaciones compartidas”. Este autor reconoce una memoria individual que hace parte de la interioridad del sujeto, de los conocimientos de sí y de la formación de una conciencia. Complementariamente distingue la memoria colectiva como las representaciones comunes, es decir, que lo colectivo tiene que ver con aquellos sucesos o acontecimientos vinculados con un grupo de personas; son, además, los recuerdos que se fijan por medio de las narrativas, las imágenes o los monumentos. Ricoeur afirma que la memoria es un asunto antropológico.

⁸ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, p. 50

⁹ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona* (México: Siglo XXI Editores, 2006), p. 28.

¹⁰ Sarlo, *Tiempo pasado*, p. 43

¹¹ Sarlo, *Tiempo pasado*, p. 45

¹² Roger Chartier, “El pasado en el presente. Una lectura de Ricoeur”, en *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*, p. 71.

gico y por esta razón todos los seres humanos recordamos.

Jelin¹³ afirma que las capacidades de recordar y olvidar son particulares, o sea que cada persona tiene recuerdos que son propios y no los puede transferir a otros y esta posibilidad de activar el pasado en el presente constituiría “la identidad personal y la continuidad de sí mismo en el tiempo”. Pero esta autora también resalta que como los seres humanos tenemos memoria y podemos recordar, no se puede desconocer que cada persona está ubicada en contextos grupales y sociales específicos, y que si no acude a ellos sería imposible recordar.

Por su parte, Joël Candau señala:

[...] existen ciertas configuraciones de la memoria que son características de cada sociedad humana pero que, al fin de cuentas, en el interior de estas configuraciones cada individuo impone su propio estilo, estrechamente dependiente por una parte de su historia y, por otra, de la organización de su propio cerebro que, recordemos, siempre es única.¹⁴

Entonces la memoria estaría estrechamente ligada a los contextos sociales, pero no habría ninguna forma de garantizar que los individuos tengan exactamente los mismos recuerdos en virtud de que estos estarían prendados de particularidades.

Otro autor que hace referencia a las tensiones entre memoria individual y colectiva es Moore

(citado en Vera)¹⁵ quien asegura que esta no es solo personal:

[...] los recuerdos que constituyen nuestra identidad y proporcionan el contexto para cada pensamiento y acción no solo son nuestros, sino que también los aprendemos, tomamos y heredamos en parte de unas reservas comunes, construidas, sostenidas y transmitidas por las familias, las comunidades y las culturas a las que pertenecemos.

Esta perspectiva coincide con la de Halbwachs, en la que toda memoria estaría inserta en los contextos culturales, sociales y familiares.

Desde estos puntos de vista se destaca que si bien los seres humanos como sujetos recuperan los recuerdos, las memorias no se podrían determinar como individuales en el sentido de que sea solo un individuo el ejecutor e implicado en un recuerdo, en razón a que pertenecemos a unos escenarios específicos y somos seres sociales desde el nacimiento hasta la muerte, lo que conlleva a que todos nuestros sentimientos, ideas, pensamientos, recuerdos y olvidos estén profundamente permeados por lo social y lo cultural. Los hechos de violencia y conflicto son especialmente propicios para tensionar los confines de lo individual y lo colectivo.

2. Memoria colectiva e historia

Hay claras particularidades que diferencian la memoria colectiva de la historia. Al respecto Joël Candau afirma:

[...] Ambas son representaciones del pasado, pero la segunda [historia] tiene como objetivo la exactitud de la representación, en tanto que lo único que pretende la primera [me-

13 Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria. Memorias de la represión de España* (Madrid, España: Siglo XXI Editores S.A.), p. 19.

14 Joël Candau, “Memorias y amnesias colectivas”, en *Antropología de la memoria*, p. 63.

15 Rosa Vera García, *La memoria social como construcción colectiva del presente*. Recuperado de www.alipso.com.

moria] es ser verosímil. Si la historia apunta a aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca más bien instaurarlo, instauración inmanente al acto de memorización. La historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las moldea, un poco como lo hace la tradición. La preocupación de la primera es poner orden, la segunda está atravesada por el desorden de la pasión, las emociones y los afectos. La historia puede legitimar, pero la memoria es fundacional. Cada vez que la historia se esfuerza por poner distancia respecto del pasado, la memoria intenta fusionarse con él. Finalmente, si no existen sociedades sin memoria ni sociedades sin historia, la historia en tanto disciplina científica no es preocupación compartida de la misma manera por todas las culturas: en este campo el abanico va desde el desinterés total a la pasión absoluta.¹⁶

Como lo describe Candau la historia estaría centrada en la objetividad y en la búsqueda de la verdad que permita establecer claramente límites y diferencias en el pasado, para favorecer una organización clara y específica de cada uno de los sucesos históricos. En contraposición a esto la memoria buscaría la credibilidad y se fusionaría en ocasiones con el pasado, lo traería continuamente al presente para instituirlo y para que forme parte de las vivencias de nuevas generaciones.

La historia estaría inscrita a las *ciencias* sociales, a los saberes universales, considerados verdaderos. Por tanto, solo un grupo de expertos se *encargaría* de estudiar, analizar y fijar por medio de la escritura los sucesos, acontecimientos o hechos significativos que estarían presentes en la historia. En esta se deben escoger cuáles son los documentos que se resaltarán y los hechos y los personajes que se proclamarán históricos.

¹⁶ Rosa Vera, *La memoria social*, pp. 56-57.

La historia está construida en un entramado de intereses en los que generalmente resultan privilegiados los que tienen más poder, los que se acercan o legitiman el Estado. Por esta razón se puede afirmar que la historia siempre será una, la legal y legítimamente reconocida, la que siempre generará tensiones especialmente en esos sucesos históricos que estuvieron enmarcados por el conflicto y la violencia.

La memoria por su parte está cargada de experiencias, permite la comprensión del pasado y al mismo tiempo configura el presente y aporta directamente a la construcción de subjetividades y colectividades. Las memorias son múltiples, con constantes e interminables conflictos, desencuentros y sentimientos, en los que las personas encuentran una posibilidad para involucrarse y hacer parte de un colectivo. La memoria entonces sería vista como una práctica cultural, en la que interactúan conocimientos, acciones y experiencias, que nos permiten situarnos y percibir quiénes somos.¹⁷

Ricoeur (citado en Chartier) también establece varias diferencias entre memoria e historia: la memoria se fundamenta en el testimonio, que a su vez se relaciona con ‘un acto de fe’, de credibilidad; la historia descansa en el documento, enmarcado en el régimen de lo verdadero y nos permite el acceso a “nuevos conocimientos considerados como históricos [que] nunca fueron recuerdos de nadie”,¹⁸ pero que son veraces y describen objetivamente los hechos acontecidos en el pasado.

Otra distinción procedería por el régimen temporal de la memoria y de la historia. La

¹⁷ Pilar Riaño, “Introducción”, en *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*, p. 43.

¹⁸ Roger Chartier, “El pasado en el presente. Una lectura de Ricoeur”, en *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*, p. 73.

primera estaría relacionada con la inmediatez y lo efímero del recuerdo, en contraposición a la construcción estructurada de la historia. Aunque hay que advertir que esta distinción no es absoluta, en determinadas circunstancias la historia, prendada al documento y a lo escrito, es cuanto más afectable por la censura que la memoria, que en este caso sería menos efímera.

La tercera diferencia enunciada por Ricoeur tiene que ver con lo descrito por Candau y es que la fidelidad de la memoria se opone a la intención de verdad de la historia. Por ello, como se dijo anteriormente, la primera se basa en los testimonios y la historia, en la investigación e interpretación de los documentos. Además, este autor asegura que en ocasiones los historiadores intentan reducir la memoria o un objeto o instrumento de investigación histórica, en busca de alteraciones y falsificaciones del pasado y aspiran a desaparecer la confusión entre “la historia, entendida como un saber crítico y controlable, y las reconstrucciones de la memoria que conservan una relación afectiva, militante o manipuladora con el pasado”.¹⁹

A pesar de las marcadas diferencias entre historia y memoria no se puede desconocer que las relaciones y vínculos entre ellas son fuertes, de manera que en ocasiones “el saber histórico puede contribuir a disipar las ilusiones y los olvidos que durante mucho tiempo han desorientado a las memorias colectivas: por el contrario, las necesidades de la remembranza o las exigencias de la conmemoración están frecuentemente en el origen de investigaciones históricas rigurosas y originales”.²⁰ Es de resaltar que la memoria no debe ser reducida a un instrumento de la investigación histórica sino constituirse en mediadora sociocultural de los

acontecimientos en los que tanto los individuos como las colectividades se reconocen, distancian e interactúan y donde participan múltiples experiencias que contribuyen a la socialización y a la producción de subjetividades.

3. Memoria y olvido

La memoria por primacía se relaciona con la capacidad de recordar, de revivir y resignificar la experiencia, pero en esta recordación está presente el olvido, que no es voluntario sino que está influido por múltiples sucesos. El olvido en ocasiones es visto con temor por la posibilidad de perder los recuerdos, *la esencia vital*, y en otras aparece como una emergencia liberadora.

Para Nietzsche “toda acción exige el olvido, como todo organismo, necesita no solamente luz, sino también oscuridad”²¹ (citado en Candau). Desde esta perspectiva, el olvido es visto como una posibilidad positiva para la sociedad, que permite construir nuevas experiencias.

Aliviar el dolor no es antónimo de la memoria sino su posibilitador. El olvido permite hacer resistencia a los abusos de la historia y liberar al hombre de las cargas morales adquiridas. Por ello, ante estos abusos:

[...] Nietzsche se opuso con una actitud ahistórica y suprahistórica, es decir, con una posición que buscó desentenderse de la historia en tanto fuente de cargas morales que detiene la vitalidad de lo humano, lo que al mismo tiempo supuso encaminarse en la movilidad del tiempo que conduce a la infinitud. Para esto el hombre debía recurrir a una de las particularidades de su animalidad: a la capacidad tanto de olvidar como de recordar. Por

19 Chartier, “El pasado en el presente...”, p. 79.

20 Chartier, “El pasado en el presente...”, p. 80.

21 Joël Candau, “Memorias y amnesias colectivas”, en *Antropología de la memoria*, p. 78.

esto, ante el peso abrumador de la historia, que sepulta lo humano infringiéndole penosos dolores, urge el trámite del olvido que será responsabilidad de la memoria en tanto es en ella que se conservan las huellas del dolor que produce la enajenación histórica, en tanto ella misma surgió de la sangre y el fuego, en tanto ella es expresión de la voluntad de poder con la cual los hombres pueden definir su sentido de futuro [...]”²²

El olvido puede ser visto como un privilegio que nos aparta del dolor, del sufrimiento del recuerdo, del pasado que está siempre presente y que en muchas ocasiones atormenta, es liberador y permite la creación humana. Para Halbwachs, el olvido es el desprenderse o alejarse del otro, distanciarse de un periodo de vida, perder contacto con personas que pertenecieron a etapas de nuestra existencia. Pero no hay que percibirlo siempre como ausencia o déficit, sino como formas de sustitución o de resistencia, mediante las cuales las personas o grupos *restauran una imagen de ellos mismos*. La existencia podría ser caótica si no olvidáramos, si no tuviéramos la oportunidad de poner orden a los acontecimientos memorizados, mediante una selección.²³

En palabras de Elizabeth Jelin²⁴ “abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas”. Por consiguiente es necesario considerar que las

memorias son dinámicas e inacabadas y en las diferentes generaciones o marcos sociales y culturales por las que transita en su reconstrucción o remembranza habrá recuerdos que queden temporalmente o definitivamente en el olvido. La relación entre memoria y olvido se vuelve especialmente problemática cuando aparecen situaciones de conflicto y violencia, que irrumpen en la cotidianidad y derrumban las seguridades y creencias que se pensaban garantizadas.

Jelin²⁵ describe cómo el pasado tiene sentido en el encuentro con el presente en los actos de recordar y olvidar. Los traumas individuales o las *catástrofes sociales* en lo colectivo conllevarían a rupturas y grietas, que imposibilitarían la incorporación narrativa del pasado al presente, pero estarían presentes, sin embargo, en forma de síntomas e indicarían la presencia del dolor y del trauma, y de esta forma “el olvido no es ausencia o vacío. Es la presencia de esa ausencia, la representación de algo que estaba y ya no está, borrada, silenciada o negada”.

La memoria implicaría siempre al olvido. Jelin advierte que no hay un único tipo de olvido sino por el contrario una multiplicidad que estaría asociada con diversos usos y sentidos. El primero de ellos es el necesario, es decir, la selección que implica la memoria para la sobrevivencia de los individuos y las comunidades, en virtud de que no sería posible una memoria total.

El olvido profundo o definitivo implicaría borrar hechos y procesos del pasado producidos en el devenir histórico. Este tipo de olvido es paradójico porque su misma existencia impediría su comprobación.

22 Adrián Serna y Diana Gómez, *Un lugar para abordar las memorias de los conflictos de la vida urbana. Un estado del arte sobre los estudios de la memoria, el conflicto y la vida urbana en Bogotá* (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito y Agencia Catalana de Cooperación para el desarrollo), p. 26.

23 Joël Candau, “Memorias y amnesias colectivas”, en *Antropología de la memoria*, pp. 81-82.

24 Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria. Memorias de la represión de España* (Madrid, España: Siglo XXI Editores S.A.), p. 17.

25 Jelin, *Los trabajos de la memoria...*, p. 28

El olvido político parte del silencio elaborado por medio de estrategias que buscan ocultar o destruir, pruebas y rastros, que impidan la recuperación de memorias en el futuro. Sin embargo, los recuerdos de los testigos no pueden ser manipulados por estas estrategias. Aquí está presente lo que un Estado decide recordar o ignorar, y de igual manera involucra a los historiadores porque ellos hacen una selección de lo que escriben en sus relatos.

Como resultado de estos olvidos nacen las políticas de la memoria:

[...] las políticas de la memoria pueden ser entendidas como procesos deliberados en procura de difundir ciertas posturas, ciertos recuerdos y olvidos, respecto a determinados acontecimientos históricos, sociales y políticos, por medio de la puesta en juego de elementos expresivos y performativos (rituales, conmemoraciones) como narrativos (testimonio, relatos) en torno a ellos; políticas a través de las cuales se difunden visiones del mundo y comprensión de la realidad que tienen incidencia en los modos de actuación y participación política.²⁶

El olvido evasivo está relacionado con un intento por olvidar aquello que hace daño o puede herir. Busca guardar las huellas en lugares difíciles de acceder. Para la revelación de estos sentimientos es necesario encontrar una voluntad de escucha. El olvido liberador permite la emancipación de la carga del pasado, para poder seguir con el presente y el futuro.

Por lo que está en juego en la memoria se evidencia que está enmarcada en diversos conflictos, que la hacen ser dinámica, partir del pasa-

do, incidir en el presente y ser posibilidad de orientar el futuro. No hay una única memoria sino múltiples, que coinciden o chocan entre sí, que están atravesadas por ilimitadas tensiones, que en ocasiones las silencian y en otras la hacen surgir, imponerse ante otras, portar la etiqueta de verdad. La presencia de los múltiples olvidos en la memoria muestra cómo estos son parte fundamental de la memoria y se vuelven necesarios en algunos casos y, en otros, un peligro que amenaza directamente la identidad colectiva.

Riaño²⁷ hace la metáfora de la memoria como puente, que favorece unas asociaciones y relaciones entre el pasado, el presente y el futuro. Esta autora afirma que los actos de recuerdo inician en el presente, sitúan al individuo, lo vinculan con el tiempo y lo devuelven al pasado para que en su revisión, recreación y reinterpretación construya los propósitos del presente. Esta visión del pasado va más allá de su conservación o preservación.

De acuerdo con lo citado la memoria como el olvido no son vistas desde concepciones biológicas, anatómicas e individualistas, sino que están enlazadas a la actividad humana, a las vivencias, los deseos, los dolores y las interacciones con los otros.

En el recuerdo y en el olvido transitan diversas temporalidades, se hacen selecciones que responden a demandas individuales o colectivas en las que influyen las situaciones sociales pasadas o presentes. Entonces se instituye la memoria no solo como un proceso de recordar el pasado, sino también de influir en el presente, de dar sentido a lo actual, de construir identidades y pertenencias, en las que confluye

26 Martha Herrera y Lina Ramírez, "Políticas de la memoria como forma de socialización y de subjetivación política: un análisis histórico sobre el tiempo presente", en *Las luchas por la memoria*, p. 30.

27 Pilar Riaño, "Introducción", en *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*, p. 44.

una constante actualización del pasado en el presente.

Ni la memoria ni el olvido son voluntarias, por el contrario:

Las prácticas de recuerdo y olvido están mediadas social y culturalmente; en consecuencia, nuestros actos de memoria afirman o niegan algo en relación con nuestros procesos de construcción de identidad. A través de las prácticas de recuerdo y olvido giramos atrás en el tiempo para visitar el pasado y, por medio de estas mismas prácticas, miramos hacia el futuro y combinamos un sentido del pasado con posibilidades futuras.²⁸

En los devenires y dinámicas de la memoria siempre habrá unas hegemónicas, que tienen la pretensión de ser totalizadoras, de abarcar todas las concepciones de lo sucedido, borrando o deslegitimando las otras versiones; pero estas otras memorias se resisten a la represión y crean interpretaciones alternativas. Entonces, en la memoria en palabras de Jelin²⁹ se establecerán unos espacios de luchas políticas, en las que se confrontan “la memoria contra el olvido” o “contra el silencio”, pero estas luchas no son otra cosa, que luchas de memorias contra memorias, cada una con sus dinámicas y tensiones.

La memoria como posibilitadora de identidades individuales y colectivas se inserta en múltiples tensiones, que transitan en lo social y en lo cultural. Está inmersa en la cotidianidad, pero se hace presente con más fuerza en los acontecimientos inesperados, en aquellos que están profundamente ligados a circunstancias

de violaciones de los derechos humanos, de sufrimiento profundo, de conflictos y violencia. Allí cuando son más notables los múltiples intereses que rodean a la memoria, y también se hace más notorio que esta no es una capacidad individual sobre la que tenemos un control absoluto, sino por el contrario, es un fenómeno que en incontables ocasiones nos supera y las experiencias y testimonios que somos capaces de recordar están presentes de una manera obstinada ajena a nuestra voluntad.

Bibliografía

- Candau, Joël. “Memorias y amnesias colectivas”. En *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 1996.
- Chartier, Roger. “El pasado en el presente. Una lectura de Ricoeur”. En *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*. Ensayo, México D. F.: Universidad Iberoamericana, 2005.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. España: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- Herrera, Martha y Ramírez, Lina. “Políticas de la memoria como forma de socialización y de subjetivación política: un análisis histórico sobre el tiempo presente”. En: Absalón Jiménez y Francisco Guerra (comp.). *Las luchas por la memoria*. Bogotá: Fondo de publicaciones. Universidad Distrital de Bogotá, 2009.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria. Memorias de la represión de España*. Madrid, España: Siglo XXI Editores S.A., 2002.
- . “¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Para qué? Actores y escenarios de las memorias”. En Vinyes, Ricard. *El Estado y la memoria*. Gobiernos y

28 Riaño, “Introducción”, p. 44

29 Elizabeth Jelin, “¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Para qué? Actores y escenarios de las memorias”, en Ricard Vinyes, *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, p. 119.

- ciudadanos frente a los traumas de la historia. Barcelona: RBA libros, 2009.
- Jiménez Becerra, Absalón. “Memoria, historia y escuela”. En Adrián Serna Dimas (comp.). *Cátedra de democracia y ciudadanía, memoria y conflicto*. Bogotá: Fondo de publicaciones. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2008.
- Riaño, Pilar. “Introducción”. En *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Universidad de Antioquia e Instituto Colombiana de Antropología e Historia, 2006.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. México: Siglo XXI Editores, 2006.
- Serna Dimas, Adrián y Gómez, Diana. *Un lugar para abordar las memorias de los conflictos de la vida urbana. Un estado del arte sobre los estudios de la memoria, el conflicto y la vida urbana en Bogotá*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito y Agencia Catalana de Cooperación para el desarrollo, 2010.
- Taylor, Charles. *Argumentos filosóficos*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Vera García, Rosa. *La memoria social como construcción colectiva del presente*. Recuperado de www.alipso.com.